

Viaje del tiempo

LA BANALIDAD DEL MAL

Darío Valencia Restrepo

www.valenciad.com

Durante la ocupación nazi de parte de Polonia ocurrió un incidente que revela hasta dónde un régimen y sus perversas instituciones pueden propiciar un proceso de deshumanización y de trivialización del mal. El capitán Wolfgang Hoffmann comandaba una de las tres compañías del Batallón de Policía 101 cuando recibió la orden de que él y sus subalternos debían firmar una declaración que los obligaba a no robar y evitar el pillaje, al igual que a pagar a la población por lo que comprasen. Con indignación el capitán se negó a firmar la declaración por innecesaria y por herir su honor militar ya que él y sus subalternos por convicción ideológica eran muy conscientes del carácter ofensivo y punible de acciones tales. Esta respuesta parece edificante hasta cuando se sabe que Hoffmann y sus hombres participaban en la deportación y masacre de miles de judíos. Esta perturbadora situación es comentada por Daniel J. Goldhagen en su libro *Los voluntarios verdugos de Hitler*.

Bastante relación con lo anterior tiene el informe de Hannah Arendt sobre el juicio a Adolf Eichmann en Jerusalén, llevado a cabo por la justicia israelí en 1961. Acusado de ser uno de los principales administradores de la “Solución final” que condujo al Holocausto, aunque siempre sostuvo que solo cumplía órdenes, y considerado como uno de los más grandes criminales de aquellos años de ignominia, este teniente coronel del “Escuadrón de Protección” (la temible SS) repetía incesantemente en los muy largos interrogatorios que no entendía por qué le habían negado una promoción más allá del grado de teniente coronel. Sus respuestas y actitudes en el juicio llevaron a Arendt a señalar que no lo veía como un Yago o un Macbeth sino como una persona cuyo principal motivo era el progreso personal, como un individuo que “nunca se dio cuenta de lo que estaba haciendo”. Tampoco frente al cadalso mostró arrepentimiento pues, aunque parezca inverosímil, se consideró primero un “Gottgläubiger”, o sea, un acreedor de Dios, para luego pronunciar unas pomposas frases de despedida, todo lo cual llevó a la autora del informe a concluir: “Fue como si en estos últimos minutos Eichmann estuviera resumiendo la lección que nos deja esta larga trayectoria de maldad humana –la lección de la terrible ‘banalidad del mal’, ante la cual son impotentes la palabra y el pensamiento”.

Los extractos que acabamos de citar pertenecen al importante libro *Eichmann en Jerusalén: un informe sobre la banalidad del mal*, en el cual Arendt se ocupa también de presentar una serie de hechos que hicieron posible el monstruoso pogromo y de examinar responsabilidades individuales y colectivas. En el post scriptum del informe, la autora considera que las primeras son más importantes que las segundas pues aquello de que todos somos culpables lleva a la impunidad. No obstante, habría que señalar al menos la culpable indiferencia moral de la mayor parte del pueblo alemán y el comportamiento de las iglesias. En una declaración de posguerra, la Iglesia Evangélica de Alemania, la iglesia protestante, declaró lo siguiente: “Afirmamos que ante el Dios de la Misericordia compartimos la culpabilidad derivada del ultraje perpetrado contra los judíos por nuestro propio pueblo mediante omisión y silencio”. En reciente reportaje para Euronews, Hans Küng va más allá cuando dice: “Recuerdo que durante el Concilio

Vaticano II ya defendí que el antisemitismo de los nazis tenía su origen en el antijudaísmo plurisecular de las iglesias cristianas. Empezando por el luteranismo. Lutero era de todo menos amigo de los judíos. Y de esa forma, las iglesias cristianas y nosotros, como cristianos, acarreamos una enorme culpabilidad con respecto a los judíos”. Es necesario destacar las repetidas condenas de Pío XI al racismo y al antisemitismo en los años de preguerra y su histórica frase en 1938 frente a unos peregrinos belgas: “Espiritualmente somos semitas”. Pero después de su muerte en 1939 el Vaticano sustituiría las denuncias con la diplomacia.

Hay en el Informe un aspecto estremecedor que Arendt considera como el capítulo más oscuro de una historia oscura. Eichmann afirmaba que nadie conocido por él se oponía a la solución final y que esperaba y obtuvo la colaboración de autoridades judías en la realización del trabajo administrativo y policial. Sin este apoyo de las víctimas habría sido muy difícil liquidar tantas vidas. El conocimiento que tenían de la población judía y de sus propiedades permitió elaborar las respectivas listas en ciudades como Berlín y Budapest. Y se dice que los judíos polacos camino de su muerte alcanzaron a ver muy pocos alemanes. Se argumenta que funcionarios judíos creían que la entrega de algunos salvaría a muchos y que sectores sionistas veían la deportación de judíos a Palestina como positiva para la creación del estado de Israel.

Mutatis mutandis, entre nosotros tenemos nuestras propias dosis de maldad. Crímenes abominables se cometen frecuentemente en el país por parte de grupos armados ilegales, y a veces por miembros de las fuerzas armadas. En particular, deberían causar espanto y repudio general las confesiones de algunos paramilitares sobre sus atrocidades y sobre los centenares de asesinatos cometidos por ellos. Pero la reacción social no ha sido suficiente. Muchos guardamos silencio o miramos para otro lado. Algunos tratan de justificar esas acciones como respuesta a la intensidad del conflicto o como efectos colaterales del mismo. ¿Estará Colombia afectada por la banalidad del mal?

Periódico El Mundo
Medellín, Colombia, 6 de abril de 2010